

Los HIJOS del PUEBLO

Mario Enrique Rosales Chacón

En la sala de una casa de barriada, un juego de muebles notablemente deteriorados, una máquina de coser en similar condición al igual que una mesita sobre la que está un radio antiguo, muy cerca de unas tablas y algunas herramientas que constituyen lo que pudiera llamarse un taller de ebanistería. En ascendente iluminación, como una sombra, Fanny, hija mayor de don Tristán y de doña Matilde, atraviesa el escenario con un niño en sus brazos al tiempo que se escucha el bullicio de otros niños; y al salir, su madre y Anita, hija menor, ingresan; aquélla, a su labor de costura, ésta, con un cuadro entre sus manos, viendo dónde colgarlo.

Anita: (Mostrando el cuadro a doña Matilde.) ¿Qué le parece, mami?

Doña Matilde: Bien.

Anita: Pero mami, si ni lo ha visto.

Doña Matilde: Temprano lo estuve viendo. Es un paisaje...

Anita: ¡Ajá!

Doña Matilde: ¿Ve? Y sé que es muy bonito.

Anita: (Extasiada.) ¿Verdad que sí?

Doña Matilde: Ya le dije que sí.

Anita: (Desilusionada.) Bueno. (Contemplando.) ¿Nada más?

Doña Matilde: (Sin detenerse en su trabajo.) ¿Qué más quiere que le diga?

Anita: (Soñadora.) Pues ... que es lindo, sí, bellísimo...El paisaje..., la casita que se nota al fondo y el río que pasa cerca y..., ¡ay, mami!, ¡qué felicidad sería vivir en un lugar así! Eduardo parece que me lee los pensamientos. (Vuelve a tratar de encontrar un sitio adecuado para el cuadro.) ¿Mami, cómo se ve aquí? No, no. Vamos a ver... ¿Aquí? Sí, aquí. Aquí, mami, ¿qué tal?

Doña Matilde: (Apenas percatándose.) Me parece bien.

Anita: (Remedándola.) Me parece bien. Pareciera que yo soy la única que tiene interés.

Doña Matilde: Es que estoy con esto.

Anita: Entonces no he dicho nada. (Canturrea mientras, emocionada, contempla el cuadro. Luego se dirige a la mesita y, al llegar, abre una gaveta de la que saca un martillo y un clavo; regresa al sitio en que ha decidido colgarlo y, haciendo lo correspondiente, toma distancia y lo mira con absoluta satisfacción; va y abraza a doña Matilde por detrás; enseguida tararea "Danubio Azul" y hace unos atropellados pasos de vals. Se sienta.) ¿Mami, ve qué diferente? ¿Ah?

Doña Matilde: (Mirando brevemente.) Sí.

Anita: (Haciendo un saludo de nobleza.) Estáis complacido, príncipe Eduardo.

Doña Matilde: (Deteniendo su labor y volviéndose.) ¿Príncipe Eduardo? ¿Complacido?

Anita: Ya, ya, ya, que la Reina protesta, amor.

Doña Matilde: (Haciendo girar un dedo índice por una oreja.) Y protesta, porque Eduardo se llamará, pero príncipe...

Anita: Lo es para mí.

Doña Matilde: Sólo que encantado. (Ríe.)

Anita: (Acercándosele.) ¿Sí...? (Acechándola juguetona.) ¿Usted qué sabe?

Doña Matilde: (Simulando seriedad y prosiguiendo en su trabajo.) Algo.

Anita: (Maliciosa.) ¿Cuánto? Bandidilla...

Doña Matilde: Algo, algo.

Anita: Algo. ¡Qué va! Si todavía está enamoraditica de mi tata. ¿O no...?

Doña Matilde: ¡Oh, preguntas...!

Anita: ¿O no?

Doña Matilde: Sí, sí, sí, para que cierre el pico.

Anita: Hum...

Doña Matilde: (Un poco enfadada.) Anita, por Dios, que ya hasta me equivoqué con esta blusa.

Anita: Está bien.

Doña Matilde: (Deteniéndose nuevamente, asombrada.) ¿Y qué fue eso de complacido?

Anita: ¡Qué antenas, doñita!

Doña Matilde: Sí, qué antenas.

Anita: Pues que me dijo que...

Doña Matilde: ¿Qué? ¿Qué?

Anita: Queque.

Doña Matilde: Más respeto, chiquita.

Anita: Tan seria. (Pausa.) No tome las cosas así, viejita.

Doña Matilde: (Riendo solapadamente.) Su abuela.

Anita: Bueno, me dijo...

Doña Matilde: (Retornando a la costura.) ¡Qué majadería! Desembuche.

Anita: Ni que fuera gallina. (Pausa.) Tanto secreto. (Cariñosamente.) No tome las cosas así, mami. El asunto es que él...

Doña Matilde: ¿Me va a seguir cogiendo de mona?

Anita:...se preocupa por mí. Por todos nosotros. Ese cuadro me lo regaló porque dice que le entristece mucho ver cómo vivimos.

Doña Matilde: (Deteniéndose, fulminada.) ¿Qué? ¿Cómo vivimos?!

Anita: ¿Ay, mami, ve?, ya se arrancó. Usted todo lo toma por mal.

Doña Matilde: Pero si es tan pobre como nosotros. Peor.

Anita: Por eso mismo nos entiende. (Pausa.) Me ha explicado tantas verdades de la vida...

Doña Matilde: (Siguiendo su trabajo.) Que yo espero a usted no se le metan en la cabeza.

Anita: (Sigilosamente llegando a donde doña Matilde.) ¿Cómo cuáles?

Doña Matilde: Bien las sabe.

Anita: (Punzándola con los índices en los costados.) ¡Ajá!

Doña Matilde: (Sobresaltada.) ¡Anita, por Dios bendito!

Anita: Conque espiándonos...

Doña Matilde: (Continuando el quehacer.) Sí, parando las orejas.

Anita: ¡Ah...! ¿Esas tenemos?

Doña Matilde: Sí; esas tenemos. Soy su mamá...

Anita: (Besando a doña Matilde.) ¡Linda, linda!

Doña Matilde:...y mi deber es cuidarla. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Para problemas ya hay bastantes. (Pasa nuevamente Fanny, con unas mantillas esta vez.) Cuidado su papá los oye en esas conversaciones, que lo que es aquí se arma la gorda y..., la verdad, a mí me dolería mucho que lo maltratara.

Anita: Yo no creo que sea capaz.

Doña Matilde: Yo advierto.

Anita: Está bien, mami. (Retorna al sofá y se sienta, ilusionada.) También quedaría muy

linda una lámpara de pie. (Señala a un lado) Aquí. ¡Qué romántico!

Doña Matilde: ¿Ha estado viendo televisión en alguna parte? ¿Dónde Chayo?

Anita: No. ¿Por qué?

Doña Matilde: Porque esos son cuentos de novelas.

Anita: Pero mami, no es un lujo. Cuando empiece a trabajar todo cambiará. Voy a comprar muchas cosas para que se vea bien presentada esta casa.

Doña Matilde: No tienen que ser muchas, mijita, que la felicidad anda por otro lado. Se lo dice una vieja.

Anita: (Sin haber prestado suficiente atención.) Además, Ricardo piensa igual. Dice que la va a pintar, celeste, como el cielo.

Doña Matilde: Ojalá consiga trabajo. Es lo primero.

Anita: Caliente, caliente, Me dijo que es casi seguro que le den trabajo en el Almacén Tres Equis.

Doña Matilde: (Dejando la costura.) ¿De veras?

Anita: Sí, de bodeguero. Por cierto que anda allá.

Doña Matilde: Ahorita le prendo una velita a San Pancracio. Que lo pongan de poste aunque sea. A como está la situación...(Visiblemente intrigada y volviéndose hacia Anita.) ¿Y por qué no me ha dicho nada?

Anita: Seguro para dar la sorpresa.

Doña Matilde: (Juntando las palmas de las manos en aparente oración.) Dios quiera que le vaya bien. (Pausa.) Su papá ya no da para más.

Anita: Pobrecito papi. A mí...(Solloza.) me dan ganas...

Doña Matilde: (Poniéndose de pie y yendo hacia Anita.) ¿Qué le pasa, tontilla?

Anita: Nada. Nada.

Doña Matilde: ¿Entonces?

Anita: Es que me siento a veces culpable de lo que le pasa a papi. De la situación de la casa.

Doña Matilde: Muchacha, no diga locuras.

Anita: ¿Cómo no? (Pausa.) Cuando lo veo salir con los bancos y me lo imagino camine y camine y tantas otras cosas. Tal vez humillaciones.

Doña Matilde: La vida es así. Dura.

Anita: Pero, otros...

Doña Matilde: Hay que tener fe y paciencia. ¿Qué hace que ustedes estaban pequeños? Ahora son grandes y, como ustedes dicen, nos van a ayudar.

Anita: Sí. Claro que sí. (Dice al terminar la escena, con delirio.)

La siguiente, con luces convenientemente escogidas en sus colores -para darles una imagen maléfica, demoníaca-, muestra al iniciarse y hasta el momento indicado, únicamente los rostros de los Partidarios. Don Tristán, obviamente, está frente a ellos. Todos están sentados.

Partidario 1: ¿Por qué tiene usted dudas? Las próximas elecciones serán nuestras. Es un hecho el triunfo.

Partidario 2: Ya hemos realizado un censo último en todo el país.

Partidario 3: Hace dos meses.

Partidario 2: Lo que significa que las cifras no variarán gran cosa.

Partidario 1: Así que, si perdemos la campaña, tendría que tratarse de un sucio fraude en las urnas. Usted sabe: el Cuarenta y Ocho.

D. Tristán: Sí...

Partidario 3: Pero con nosotros es como robarle los huevos al águila.

Partidario 2: O sacarle caldo a un riel. Ji, jí.

Partidario 3: Porque nuestro glorioso Partido tiene una organización casi perfecta. Los fiscales de mesa son de traba...

(Pausa larga.)

Partidario 2: Imagina usted, don Tristán, ¿que podamos perder?

D. Tristán: Pues..no, claro. Pero ustedes comprenderán mis temores.

Partidario 1: (Paternalmente, al tiempo que los otros Partidarios sonrían y asienten con movimientos de cabeza.) Sí, compañero. Pero son temores in-fun-da-dos. (A Partidario 2) Compañero, permítame el portafolios, por favor. (Partidario 2 se lo da.) Ya que aún tiene dudas, le demostraré el asunto con numeritos.

Partidario 2: (Jocosamente.) Don Tristán es como Santo Tomás: ver para creer. (Haciéndole con una mano una pícara seña.) Medio jamonero.

Partidario 3: ¡Qué caray! Son los tiempos que vivimos.

Partidario 2: En que el que menos corre alcanza un venado. Ji, jí.

Partidario 1: Bien. (Le muestra unas páginas.) Mire usted, aquí, sí, aquí, don Tristán. Sólo en la Capital tenemos un margen a nuestro favor del dieciocho por ciento. ¡Casi nada! (Pausa.) ¿Continúa? (Don Tristán no responde.) O key. (Impaciente.) Fijese en estos gráficos de las tres provincias más populares y populosas. ¿Observa? (Don Tristán se mantiene en silencio.) ¡Pues bien, cinco por ciento!, ¡once por ciento y once y medio de ventaja!

Partidario 2: Esto está ganado, compañero Tristán.

Partidario 3: Como que dos y dos son cuatro.

Partidario 1: ¿Qué nos dice, compañero Tristán?

D. Tristán: (Cabizbajo. Así visto por una tenue luz) No sé..(Pausa.) No sé qué hacer. Me siento un poco confundido.

Partidario 1: Caramba, don Tristán, que de veras usted es desconfiado.

D. Tristán: No, no. (Como si los hubiera ofendido y les pidiera disculpas.) No es eso. Es...

Partidario 1: (A manera de reproche.) ¿Entonces?

D. Tristán: Que en estos tiempos he tenido muchos problemas, preocupaciones...

Partidario 2: Que con nuestro triunfo...

Partidario 3: Y el tuyo, Tristán.

Partidario 2: Se resolverán.

Partidario 3: Dalo por un hecho (Pausa. Cambiando de tema) Tristán, ¿cómo ha seguido tu mamá?

D. Tristán: (Entre sorprendido y apenado.) Murió hace dos años.

Partidario 3: ¡¿Cómo puede ser?! (Quejumbroso.) Lo siento.

Partidario 2: Todos. Pero la vida debe continuar. Es ley, aunque nos cueste aceptarla y nos llene de dudas. (Pausa.) Dudas como las que en ocasiones tenemos en nuestras luchas por el bien del pueblo. Tratamos de servir y...y lo que encontramos es incomprensión...

Partidario 3: Cierto, Tristán. Mirá: ¿qué gana uno andando en éstas? ¡Ni un cinco!

Partidario 2: ¡Nada!

Partidario 1: Luchamos por la unificación nacional, solamente.

Partidario 3: Por la Patria, que merece nuestro sacrificio.

Partidario 2: Y no se le olvide que los comunistas están al acecho. Como hienas.

Partidario 3: Tristán, vos debés conocer los rumores que hay sobre los rojos...

Partidario 2: Ni tan rumores.

Partidario 3: Sí, ni tan rumores. Esa gente está armada hasta los dientes.

Partidario 1: Y la democracia hay que mantenerla a cualquier precio.

Partidario 3: Es lo que te digo, Tristán. Tenemos que poner cada uno nuestro granito de arena. El comunismo ateo nos amenaza.

Partidario 2: Y si llega al poder...

Partidario 1: Adiós libertad, adiós todo, porque esa gente...

Partidario 2: Hasta los hijos le quitarían a uno.

Partidario 1: Y no digamos lo demás.

Partidario 3: Así es, Tristán. Con el cuento del Estado se lo robarían todo. Acordate como iban las cosas en el Cuarenta y Ocho. Antes.

Partidario 1: ¡Adiós propiedad privada!

Partidario 3: En el comunismo, para comprar alimentos, si es que se consiguen, hay que hacer filas hasta de kilómetros.

Partidario 1: Con cupones, porque todo es racionado.

Partidario 2: Todos andaríamos vestidos igual.

Partidario 1: Como presidiarios.

Partidario 3: Que es lo que seríamos, porque no hay libertad para nada en el comunismo.

Partidario 1: Pero aquí eso no sucedería.

Partidario 2: Porque este es un país libre.

Partidario 3: Democrático y católico.

Partidario 2: Apostólico y romano.

Partidario 3: Y no, aquí no queremos comunismo.

Partidario 1: Y si creen que por la fuerza lo pueden hacer...(Respira profundo y levanta el pecho.) para despedazarlos estamos nosotros. (Los otros Partidarios lo imitan.)

Partidario 3: Pero yo no sé para qué le estamos diciendo todo esto a Tristán, si vos, Tristán, sabés lo mucho que sufrió tu pobre padre, que Dios lo tenga en la gloria.

D. Tristán: (Tímidamente.) Está en el Asilo...

Partidario 3: (En tanto los otros se miran chistosamente.) Carajo, sí, estoy confundido con...Bueno, pero sufrió con los zurdos. (A los demás Partidarios.) Ustedes no saben del asunto, yo sí, porque soy amigo de la familia desde hace muchísimos años. Es más, soy como del clan. ¿No es así, Tristán? Te acordás...

Partidario 1: Bueno, compañero Tristán, ya ve usted: su propio padre sufrió por los comunistas. Así que debemos luchar contra ellos.

Partidario 3: Ningún sacrificio es demasiado. (Pausa.) Decidite, Tristán.

Partidario 1: Todos debemos cooperar para que las elecciones, esa fiesta del pueblo, se realicen como Dios manda.

D. Tristán: Entonces, ¿cómo ven ustedes la cosa, bien?

Partidario 1: Pues claro, ¡hombre! ¡Es pan comido. Compañero...! (Pausa.) ¿O usted nos halla capaces de falsedades?

D. Tristán: Perdonen, no he querido decir eso. (Nerviosamente.) Es que, le repito, a uno le da miedo meterse en más enredos. (Pausa.) No, si yo creo en ustedes.

Partidario 2: ¡Muy bien! ¡Así se habla! Ya estaba pensando que nos hallaba cara de sinvergüenzas.

Partidario 3: Cómo se les ocurre. Tristán no es malpensado. (Pausa.) Así me gusta, Tristán. Yo sabía que no me defraudarías.

Partidario 1: De esa manera nos corresponde, porque nosotros luchamos por gente como usted, por el pueblo, por los hijos del pueblo. Por eso estamos aquí.

D. Tristán: Muchas gracias. (Pausa.) Papá siempre ha sido fiel al Partido. ¿Cómo no voy a serlo yo?

Partidario 1: ¡Bien dicho! ¿Entonces, de acuerdo?

D. Tristán: Sí.

Partidario 1: En ese caso, mañana mismo vamos a los trámites.

D. Tristán: ¿Tengo que ir yo?

Partidario 2: Bueno...

Partidario 3: Realmente no hace falta.

Partidario 1: Así es. Nosotros nos encargamos de todo.

Partidario 2: (Riendo.) Tenemos suficiente experiencia.

Partidario 3: Vos sabés, Tristán. Son media docena de campañas electorales. (Guiña un ojo).

Partidario 2: (Muy orgulloso.) Casi nada.

D. Tristán: Ustedes deciden.

Partidario 1: Nada más le avisamos el día en que tiene que firmar la hipoteca. Tal vez pasado mañana mismo. Es rápido y en esto somos gatos. Nosotros mismos le damos el visto bueno al estado y valor de la propiedad. Luego pasamos los pagarés a la Contraloría y...

D. Tristán: (Tímidamente.) ¿Quién es el que presta el dinero?

Partidario 1: No sé si usted lo conoce. Es Ferlens. El de Industrias Ferlens.

D. Tristán: Sí, claro. ¿Quién no lo conoce?

Partidario 1: Tiene razón, compañero Tristán. Todo el país lo conoce. En toda América, diría. El es de la pura cepa del Partido, y le gusta ayudar. Más ahora que se habla de un ministerio para el hijo menor.

D. Tristán: ¿Por cuánto me dijeron que es la hipoteca?

Partidario 1: Veinte mil.

D. Tristán: (Sobresaltado.) ¿No será mucho?

Partidario 2: Es el término medio.

Partidario 3: Que no es demasiado en estos tiempos de inflación. Ji, jí.

Se oscurece el escenario brevemente. Se colocan los bancos en el "taller" de don Tristán. La plena iluminación encuentra a los personajes de pie.

Partidario 2: (Examinando la sala.) ¿Ni para la casita, porque, qué puede valer...? ¿Cuarenta mil?

Partidario 1: (Con gestos despectivos.) No creo. Si acaso treinta.

Partidario 2: Usted como que sigue nervioso, don Tristán.

D. Tristán: Comprenderán. (Pausa.) Se trata de lo único que tenemos. Como quien dice el niño. Herencia de mamá, que el Señor tenga en su Reino. (Se persigna.)

Partidario 1: Que así sea. (Pausa.) Mire, compañero Tristán, de todo esto usted sólo saldrá ganando, porque, cuando le paguen al Partido, a nuestro inmortal Partido Murillista, la deuda política, le daremos su dinero, o, mejor dicho, eliminaremos la hipoteca, más un dos por ciento de interés mensual. Además, el Partido Murillista quedará muy agradecido con usted. ¿Y qué decir de la Patria...?

Partidario 2: Pero ahí no acaba todo. Algún trabajito le daremos en el Gobierno.

Partidario 3: Los huesos que llamamos, Tristán. Ji, jí.

D. Tristán: ¡Y a mí, muchachos, qué me podrían dar? Si ni el primer grado de escuela tengo.

Partidario 1: Eso no es problema. Pero si no, a alguno de sus hijos.

Partidario 3: ¿Qué te parece, Tristán? ¿Ni hablar, verdad?

D. Tristán: Bueno, la verdad es que no nos caería mal que le encontraran un puestecito a alguno de la casa. Ahorita estamos pasándola con lo poco que gano en trabajitos de madera y de lo que gana mi mujer en costura, cualquier cosa. Y fíjense, así, en confianza, que hasta me he tenido que hacer cargo de mi hija mayor y los nietecillos, tres, proque los abandonó el hombre. Imagínense la situación.

Partidario 1: (Con entonación y gestos de sacerdote.) No es el primer caso así que encontramos. Pero no hay que aflojar.

Partidario 2: (A Partidario 1.) Ni tampoco hacernos estatuas aquí.

Partidario 3: ¿No será que están esperando yodo? Ji, jí.

Partidario 2: No, en serio, nos está cogiendo tarde.

Partidario 1: Es cierto. ¿Entonces, don Tristán, nos permite la escritura?

D. Tristán: ¿Cómo dice?

Partidario 3: La escritura, Tristán.

D. Tristán: Ah, la escritura. Quién sabe en qué diablos estaba pensando. (Pausa.) Sí, un momento. Ya regreso. (Sale.)

Partidario 3: Estaba durillo de pelar el hombre.

Partidario 2: Sí...

Partidario 1: Pero salimos bien.

Partidario 2: (Maliciosamente.) Salado el don con la hija. Le trajo crías.

Partidario 3: Vieran qué hija. Si con decirles que al hombre le dicen pinga de oro.

Partidario 1: Nombre.

Partidario 2: ¿Así es la cosa?

Partidario 3: Se tiene unos chanchos...Yo me le quise arrimar, pero qué va... Esta gente es muy católica. (Con aires de filósofo.) El esposo debe estar mal de la jupa para haberla dejado.

D. Tristán: (Regresando con una bolsita de plástico.) Aquí está. Les hubiéramos dado un cafecito, pero la gente está dormiditica.

Partidario 3: No te preocupés, Tristán.

Partidario 1: Sólo eso faltaba. (Examinando la escritura.) Bien, creo que ya nos podemos ir. ¿Nos vamos, compañeros?

Partidario 2: Un segundo. (Va hacia los bancos.) ¿Y a qué precio tiene los banquitos, compañero?

D. Tristán: Pues...Depende. Veinte cada uno.

Partidario 2: ¿No me dejaría uno en quince?

D. Tristán: La verdad es que no saldría ni al costo, pero hoy no pude vender ni uno, y eso que caminé mucho.

Partidario 2: Estamos entre copartidarios.(Pausa.) ¿Me lo llevo en quince?

D. Tristán: ¡Bueno...Pues...Qué demonios! Está bien.

Partidario 2: (Saca una billetera y de ella un billete.) ¿Tiene cambio para cien?

D. Tristán: No... ¿Qué más quisiera yo?

Partidario 2: (A Partidarios 1 y 3.) ¿Ustedes tienen?

Partidario 1: (Sacando la billetera y riendo.) Sí, creo que tengo. (Tomando algunos billetes.) Tome, compañero.

Partidario 2: (Intercambiando los billetes.) Entonces, quince. (Coge un banco.) Este me parece bien. (A don Tristán.) Aquí tiene. (Don Tristán recibe el dinero.)

Partidario 3: Creo que ahora sí nos podemos ir. De veras que nos vamos a hacer viejos aquí. Ji, jí.

En tanto salen los Partidarios tras hasta luego y buenas noches, las luces languidecen hasta apagarse. Una nueva iluminación encuentra a Eduardo y Anita sentados en el sofá. Se comportan como lo que son: novios y supuestamente enamorados. El tono de sus voces, como debe

ser en la obra en general, exceptuando los momentos estrictamente necesarios, es normal; quiérese decir, no declamatorio.

Anita: Por dicha que pronto terminará el año. Vendrán las Navidades..., el treinta y uno...

Eduardo: ¿No te da tristeza?

Anita: No. ¿Por qué?... Bueno, un poco.

Eduardo: A mí siempre me han dado ganas de llorar en esos tiempo. Sí, todavía.

Anita: Llorón.

Eduardo: No, de veras. Es que, de por sí, siempre que se aproxima diciembre me pongo muy melancólico.

Anita: Y debiera ser lo contrario.

Eduardo: Bueno, no sé. Yo..., sí, sí, yo sólo sé que se me hace un nudo en la garganta. Quisiera... Eso que te dije.

Anita: (Irónicamente.) Llorar.

Eduardo: (En el mismo tono.) Qué saben ustedes los ricos...

Anita: Ah.

Eduardo: Hablando en serio, vieras qué mal me siento. (Alzando los hombros y haciendo gestos de ignorancia.) No sé. (Pausa.) Sí, sí sé. Sabes, papá aprovechaba esas fechas para hacernos la vida más imposible de lo corriente. No puedes imaginarte lo que eso significaba... ¿Un besito?

Anita: ¿Qué significaba?

Eduardo: (Acariciándola.) ¿Un besito?

Anita: (Juguetona.) No.

Eduardo: Entonces no te cuento (Gesticulando como un monstruo.) de esos horrores que destruyen las almas o las dejan en pena.

Anita: Ah.

Eduardo: Serio. ¿No has oído las leyendas de la Llorona, El Cadejos, El Padre Sin Cabeza, La Segua, La Carreta Sin Bueyes...y sin boyero? En ellas está la más profunda tristeza de las gentes del pueblo.

Anita: ¿Otra lección, señor profesor?

Eduardo: Sí, mi alumna preferida.

Anita: Gracias. (Pausa.) Pero el cuento iba por otro lado.

Eduardo: ¿Cuál cuento?

Anita: (Levantando los brazos en posición de crucificada y dejando caer la cabeza.) El de la

pobre vida de un bello joven llamado Eduardo...

Eduardo: Anita, es verdad.

Anita: Ajá.

Eduardo: Y no es para divertirse.

Anita: Ajá.

Eduardo: Vieras qué vida nos daba.

Anita: ¿Quién, La Segua?

Eduardo: (Un poco enfadado.) ¿Me está cogiendo de tonto?

Anita: Nooo. Es que quiero que cambie de pensar. (Larga pausa en que Eduardo parece estar ausente, tal su mirada lejana. Anita no halla cómo reiniciar la conversación hasta que, momentos después, tocándolo, hace que experimente la sensación de volver en sí. Ella le sonríe. El parece extrañado.) ¿Pasa algo malo?

Eduardo: Anita, sentí que viajaba. (Como si monologara.) Desde mucho tiempo antes, agosto..., septiembre..., empezaba a guardar dinero como una rata, en el cielorraso, debajo del piso... Así era como podía durar tomando licor hasta dos y tres meses. No, también...los amigos..., los cantineros que después de las borracheras le pasaban la cuenta con feria...(Recobrando la conciencia.) Veo que ríes.

Anita: Porque aunque no quiero que sufras, cuando hablas así te brillan los ojos y la cara se te pone muy linda. Es raro.

Eduardo: (Poniéndose de pie, yendo y situándose frente a los espectadores, como si les hablara directamente a ellos.) Jamás..., jamás, nadie que no haya vivido con un alcohólico sabrá lo que es sufrir. ¡Es el infierno! ¡El infierno!

Anita: (Se pone de pie y se le acerca preocupada.) Eduardo.

Eduardo: Es terrible.

Anita: Hay que olvidar el pasado.

Eduardo: Olvidar...Olvidar. (Parece soñar.) Olvidar. ¿Cómo puede olvidarse una llaga, una herida que aún sangra?

Anita: Eduardo...

Eduardo: (Sin prestarle atención a Anita y exaltándose.) Cuánto se divierte la sociedad con los despojos humanos que ella misma produce. Se ponen falsamente sentimentales en ciertas épocas. Nochebuena y sus juguetes...Semana Santa y...

Anita: ¿Qué pasa, Eduardo?

Eduardo: Nada.

Anita: Estamos hablando y...Ssss. Mami pensará que estamos peleando. Ella...

Eduardo: Perdón, Anita. Perdón. Es que no sabes lo que llevo dentro de mí. (La abraza.)

Anita: Sí.

Eduardo: Nunca lo podrás saber. (Se muestra nervioso.)

Anita: Sí, sí lo sé, aunque no lo creas.

Eduardo: Nunca, Anita, nunca. (Pausa.) Yo..., piénsalo, no creo en el infierno. ¿Sabes por qué? Porque yo lo he vivido. Está aquí, en la tierra, en nuestros sufrimientos, en nuestras mutilaciones. Limosneros, presidiarios, desempleados de rodillas por un puesto apenas para vivir, prostitutas...

Languidecen las luces hasta apagarse. Luego, una nueva iluminación muestra, sentadas en el sofá, a doña Matilde, a Fanny y a Anita, profundamente abatidas y llorando. Se escucha la tos de Ricardo, que no desaparecerá hasta el final de la obra. Es la vela de don Tristán, quien yace en un ataúd en el centro de la sala. Atareada, ingresa doña Chayo con una ollita.

Doña Chayo: Aquí les traigo algo que las calmará bastante. Yo le tengo una fe... Es flor de tilo.

Doña Matilde: Muchas gracias, Chayo.

Doña Chayo: (Gesticulando.) De nada, mijita. Para eso estamos los vecinos.

Doña Matilde: Sí, pero...

Doña Chayo: Nada, nada. Tranquilas. Esto es algo que tarde o temprano tenemos que pasar todos.

Doña Matilde: No tuvo tiempo ni de la extremaunción.

Doña Chayo: ¿Pero mijita, qué iba a confesar? Si ese hombre era un santo. Debe de haberse ido en vuelo directo al cielo. Nada de paradas en el purgatorio. Eso está para las malas pécoras y lenguas viperinas, de las que San Miguel Arcángel me libre. (Se santigua.)

Doña Matilde: (A Fanny.) Traiga unas tazas. (A doña Chayo, una vez que sale Fanny.) Siéntese aquí.

(Algunos se acercan a darle las condolencias.)

Doña Chayo: (Muy sorprendida.) ¿Pero Matilde, qué fue lo que pasó? Si Tris no estaba enfermo. Por lo menos que yo sepa.

Doña Matilde: No. No estaba enfermo. (Tiene un nuevo acceso de llanto, justo en el momento en que regresa Fanny con las tazas.)

Doña Chayo: Ya verás cómo te va a caer de bien esto. (Le sirve una taza de flor de tilo.) Tome. Tome, mijita. Póngase las pilitas porque si no nos varamos. Ande.

Doña Matilde: Sí, sí. Gracias, Chayito.

Doña Chayo: (a Fanny y a Anita.) Ustedes también, criaturitas del Señor. Tomen. (A doña Matilde.) ¡Qué cosas tiene la vida! Hoy aquí, y mañana...sólo Dios sabe. (Pensativa.) ¿qué podría haberlo afectado para tanto?

Doña Matilde: Saber. Estaba muy tranquilo y hasta contento cuando iban a empezar a dar los resultados de las benditas elecciones. Cuando comenzaron, que por cierto costaba oírlos,

porque ese radio está medio chocho, empezó a caminar de un lado para otro y se ponía cada vez más intranquilo. El se quedó y yo me fui a dormir. Y, y, por la mañana...(Nuevo acceso de llanto.)

Doña Chayo: Tranquila, mijita, que usted también tiene que cuidarse. Vea. (Señala disimuladamente con la mirada a Fanny y a Anita.) Ellas la necesitan. Y hasta los nietos. (Mira el vientre de Anita.)

Doña Matilde: (Percatándose.) Sí, Chayito, hay quienes nacemos sólo para sufrir. ¿Para qué ocultarlo?

Doña Chayo: Jesús, muchacha, ni que fuera el primer caso. En estos tiempos hasta a una le hacen tiro. Acaso un idiota no me quiso echar el caballo en el Parque La Merced. (Ligeramente coqueta.) ¡En pleno día! Y eso que soy un rosquete.

Doña Matilde: Así son los hombres.

Doña Chayo: No todos. Y si no que lo diga Tris.

Doña Matilde: Es cierto. (Pausa.) El mosquito muerto aquel hizo lo que hizo y... (Anita se pone de pie y sale sollozando.) Ahí están las consecuencias.

Doña Chayo: Ah, eso no es del otro mundo. Dios proveerá. Ahora lo que tiene que hacer es cuidarse. (Pausa. Cambiando de tema) Matilde, ¿cómo quedaron las elecciones? (Uno de los asistentes o veladores, ebrio y que parece atisbar la conversación, grita "ganamos" y lanza unos vivos. Lo hacen salir.) A eso vienen, y a asegurarse que no son el muerto. (Concluye con indignación.)

Doña Matilde: Lo que medio oí fue que los tales Murillistas no sacaron ni un diputado.

Doña Chayo: ¿Cómo puede ser? Decían que iban a barrer parejo. Y no era para menos. ¡Con la cantidad de dinero que gastaron en propaganda...!

Doña Matilde: Así es la vida, a unos le sobra y a otros nos falta hasta para comer.

Doña Chayo: Pero ahorita están abrazadíticos, aunque se hayan ido con todo. Pero qué digo, si son la misma cosa. (Se pone de pie y va hacia el ataúd, llega y mueve la cabeza en actitud de incredulidad. En ese instante Ricardo tose fuertemente. Doña Chayo regresa donde doña Matilde.) ¿Mijita, qué es esa tos tan terrible?

Doña Matilde: Ricardo, mi hijo.

Doña Chayo: Pero es terrible.

Doña Matilde: Sí. El pobre está muy enfermo. Y tan ilusionado que estaba con un trabajito que se volvió puro cuento. ¡Cuánto nos hubiera servido!

Doña Chayo: Claro, Matilde, claro. Sobre todo en estos tiempos que estamos a puñalada por bollo de pan.

Doña Matilde: Así es.

Doña Chayo: La cosa está fea. Horrible. (Pausa.) ¿Pero todo esto no será un maleficio? Algún sapo..., un muñeco enterrado..., una fotografía de la familia con carne atravesada con alfileres... No hay que creer ni dejar de creer.

Doña Matilde: Sí, así es.

Doña Chayo: Yo conozco una señora que ...Pero dígame, Matilde. (Muy intrigada al escuchar las expectoraciones de Ricardo.) ¿Qué es lo que tiene? Parece asma o bronquitis.

Doña Matilde: (Con un nuevo acceso de llanto.) No... No...

Doña Chayo: ¿Pero entonces?

Doña Matilde: ¿En usted puedo confiar, Chayito?

Doña Chayo: Desde luego, mijita.

Doña Matilde: Tuberculosis.

Doña Chayo: ¡¿Tuberculosis?! Matilde, a buscar el muñeco. Ni lo dude: aquí hay muñeco enterrado. (Pausa breve.) Y ya vengo. Ahora recuerdo que dejé unos frijoles en el fuego. (Sale apresuradamente y se apagan las luces para, al volverse a iluminar el escenario, verse a doña Matilde acondicionando la sala para el novenario de don Tristán. De pronto, sobresaltada, se percata de que alguien ha entrado por la que se supone es la puerta que da a la calle.)

Doña Matilde: ¿Pero cómo es que ha entrado así, sin permiso?

Ferlens: Yo no tengo que pedir permiso para entrar aquí.

Doña Matilde: ¿Qué dice?

Ferlens: Lo que oyó.

Doña Matilde: Salga de mi casa o...

Ferlens: ¿O qué?

Doña Matilde: O llamo a la policía.

Ferlens: Favor que me haría.

Doña Matilde: (Desorientada.) ¡Dios mío! ¿Qué le pasa a este hombre? (Dirigiéndose hacia la otra puerta.) ¡Anita! ¡Anita! ¡Venga rápido!

Ferlens: Señora, tranquilícese. ¿Qué hace?

Doña Matilde: Llamo a mi hija para que vaya a la policía.

Ferlens: Le repito que sería un favor el que me haría.

Anita: (Que ingresa azorada.) ¿Qué sucede, mami? (Tomando conciencia de la presencia de Ferlens.) Bue...

Doña Matilde: Que este señor está equivocado y...

Ferlens: Parece que de veras no lo sabe usted.

Doña Matilde: ¿Saber qué?

Ferlens: Bueno, señora, puede ser que usted no finja y sea cierto que desconoce los motivos por los que estoy aquí.

Doña Matilde: (Muy afectada.) Anita, vaya y dígale a doña Chayo o a cualquier vecino que necesito un testigo. (Anita intenta salir pero se le interpone Ferlens.) Deje a mi hija o...

Ferlens: (Con gesto de decepción.) En ese caso, quiero explicarle, brevemente, el asunto, porque mis negocios, comprenderá, no me permiten perder tiempo. Esta es mi casa.

Doña Matilde: (Yendo y abrazando, muy nerviosa, a Anita, y en un aparte.) Ay, mijita. Es un loco. Vaya por el patio y pida auxilio. Con cuidado. Ande. (Anita sale.) Mire, señor, usted está equivocado. Seguro se confundió de casa.

Ferlens: Nada de eso.

Doña Matilde: ¿Quiere un cafecito?

Ferlens: (Sacando de la valija ejecutiva unos documentos y tratando de mostrárselos a doña Matilde, que trata de huir, muy asustada.) ¿Ve usted esto? ¿Sí? ¿No?

Doña Matilde: Sí, sí, sí. No, no, no.

Ferlens: Pues son los papeles de la hipoteca, (Enfáticamente.) ya vencida, de esta casa. Puede leer aquí el nombre, apellidos...

Doña Matilde: (Se sienta. Sus ojos están desorbitados y parece descomponerse. Habla quejumbrosamente.) No puede ser. NO.

(En tanto continúa el diálogo entre Ferlens y doña Matilde, por una puerta se asoman, cautelosamente, Anita y doña Chayo, con sendos palos y hablando sin ser, supuestamente, escuchadas por ellos.)

Anita: ¿Lo ve, doña Chayo?

Doña Chayo: ¿Qué si lo veo? Como al sol por mediodía. Este hombre es Ferlens.

Anita: ¿Qué es?

Doña Chayo: Ay, Chiquita. Es como quien dice uno de los dueños de este país.

Anita: Es un loco.

Doña Chayo: (Ensimismada.) Sí, es un loco... por el dinero. Y chiquita, guardemos estos palos, proque tocar a este señor... y morir de viejas en el Buen Pastor. (Llevándose una mano a la barbilla, con aires de filósofa.) Ahora me doy cuenta del asunto. Ese viejo es un demonio disfrazado de hombre. Humjú, está clara la cosa. Son capaces de desaparecer la Catedral.

Anita: (Extrañada) ¿Qué dice, doña Chayo?

Doña Chayo: Nada, que guardemos los palos. (Lo hacen.)

Ferlens: Me doy cuenta que, efectivamente, usted desconocía el negocio. Lo siento. Pero en mi conciencia tengo que me he comportado con bondad. Sí, con bondad... (Doña Matilde parece no escuchar y mantiene la mirada fija, perdida.) Y si no he resuelto más rápido este asunto es por su finado esposo. Consideraciones de copartidario.

Doña Matilde: (Como si hubiera perdido la razón y ahora, de pie, caminando de un lado para otro.) ¿Cómo puede ser? Nada nos dijo. ¿Qué haremos ahora?

(Después de una pausa para prestar atención, Anita y doña Chayo continúan dialogando.)

Doña Chayo: ¡Qué barbaridad! ¡Cómo está Ricardo! Parece que se va a desarmar con esa tos. (Pausa.) ¿Y Fanny?

Anita: Anda con los güilas en Cáritas.

Doña Chayo: Bueno, ahí pueden pescar algo.

Anita: ¿Doña Chayo, por qué no entramos?

Doña Chayo: ¿A torear a esa serpiente?

Ferlens: Mire, señora, creo que mejor regreso luego. No me gusta ver estos cuadros. Y, si he venido, es porque acostumbro atender todos mis negocios. Un poco de desconfianza, tal vez. Pero deseo advertirle que tenemos que dejar solucionado este problema en forma pronta y definitiva. (Doña Matilde deambula por el escenario.) Mas no descarto que se queden como inquilinos. En todo caso, si usted quiere, y, desde luego, que a convenir mediante debido contrato. (Sale.)

Doña Matilde: (Siempre vagando, sin prestar atención a la ausencia de Ferlens y mientras se adentran Anita y doña Chayo.) ¿Será posible? ¿Cómo puede ser? ¿Qué haremos?

(Se apagan las luces y la nueva iluminación muestra a Fanny y un hijo, a Anita en estado de embarazo avanzado, la trabajadora social, el fotógrafo; doña Eduviges, Doña Alba Pura, doña Rosa (las tres, Damas de la Caridad.); doña Matilde y el padre Fernandito.)

Padre Fernandito: Después de aquella triste noche, en que don Tristán murió sin confesarse, no he podido estar a gusto con mi conciencia, porque mi deber mayor es el de recuperar para el Señor a las criaturas descarriadas. En este caso, a ustedes. ¿Por qué? Porque no necesito saber más de lo que me dijo doña Chayo, para comprender que todo cuanto les ha estado sucediendo a ustedes no es más que el castigo del Señor. ¡Ahora no nos queda más que rezar todo lo posible, humildemente!, ¡de rodillas!, al Padre Eterno, para que libre de las llamas a don Tristán; y orar, también, por personas que como ustedes han sido y son víctimas del Destino.

Doña Rosa: (A doña Matilde.) El padrecito nos pidió ayuda, y claro, nosotras, Damas de la Caridad, dijimos presente.

Doña Alba Pura: (Con gestos faciales de poder y altivez.) Gustosas. Y es que él es un encanto. ¿Cómo negarle un favor?

Doña Eduviges: Y por amor a nuestros hermanos en Cristo Nuestro Señor.

Padre Fernandito: Pero debo de adelantarme al noble gesto de tan dignas damas, para advertirle, doña Matilde, que lo primero que usted y los suyos tienen que hacer es regresar a la Casa del Señor. Para mí me temo que esto que a ustedes les ha estado sucediendo, reitero, es un castigo del Cielo. ¿A qué ocultarlo? Es el nuestro un barrio chico, un pueblo, y sabemos lo de cada quien. Ustedes no volvieron ni a misa. Mucho menos a las Jornadas de Oración. Y de confesarse..., ¡jumm!, ni por señas. (Contrae el rostro.)

Doña Matilde: (Turbada,) Ay, Fernandito, si es que hemos tenido tantos problemas que la cabeza no nos ha dado más que...

Padre Fernandito: Aunque comprendo, en cierta forma, impedimentos de fuerza mayor, no los justifico. En fin creo que ahora corresponde el turno a las de todo corazón señoras Damas

de la Caridad. ¿Es así?

Doña Alba Pura: Así es, padrecito.

Doña Rosa: Doña Matilde, hemos decidido, previo estudio y aprobación de la Junta Directiva que me honro en presidir, ayudarles con este diario que ha sido posible mediante un maravilloso té de canastilla.

Doña Eduviges: Constituido por los alimentos básicos.

Doña Alba Pura: (Sacando una hoja) A saber: (Casi cantando.) tres libras de arroz, dos libras de frijoles, una de rojos y otra de negros, libra y media de manteca, un litro de aceite vegetal, un cuartillo de papas, tres bolsitas de macarrones, una docena de candelas, fósforos y...y pastillas de diferentes clases, como Mejoral, Alka Seltzer, etc.

Doña Rosa: ¿Y el café, el azúcar y la sal...?

Doña Alba Pura: Ay, Ro, fíjate, me los brinqué. Sí, están incluidos.

Doña Eduviges: Como fiel muestra de que no están solas en el mundo.

Doña Alba Pura: Bueno, ahora la fotografía. (Al fotógrafo.) Usted nos dice dónde.

Fotógrafo: Vamos a ver...(Toma diferentes posiciones.) En esta esquina. Sí, me parece bien aquí. (Las tres Damas de la Caridad se sitúan en el lugar indicado, se acicalan y ensayan poses.) Ahora, (a doña Matilde.) párese usted junto a las señoras. (Ella lo hace tímidamente.) Un poquito más acá. (La toma de un brazo como si fuera una marioneta.) ¡Qué doñita!... Ahora sí. ¿Qué más? (Toma distancia para fotografiar.) No, algo falta. ¿Padre, no quiere incluirse?

Padre Fernandito: Está bien así. No, no.

Fotógrafo: Entonces...(Viendo al grupo que forman Fanny, Anita y los niños.), ustedes, (Dudan.) sí, ustedes, párense delante. (Van y lo hacen.) ¡Ajá! (De repente.) ¡Falta lo más importante! ¡El diario!

Doña Alba Pura: (A doña Rosa.) Démelo, Ro. (Lo alcanza.) Yo lo entrego. (Lo coge.)

Fotógrafo: Ahora sí. (A doña Matilde.) Usted, haga que recibe el diario. (Colérico.) ¡No! ¡Así no! Estire bien los brazos. Y ría. La gente debe ver su alegría y agradecimiento. ¿Ya? (Doña Matilde, temblorosa, trata de sonreír.) Así está mejor. Ahora sí. Quietos. Quietos. ¡Bien! Está lista.

Padre Fernandito: Bueno, en lo que a mí respecta creo que es todo. (Va hacia la puerta de salida.) Y no olviden ponerse con Dios e ir a la iglesia. (Sale.)

Doña Alba Pura: Tan lindo. Y nosotras también nos vamos. ¿No es así, muchachas?

Doña Eduviges: Sí. (Al fotógrafo.) ¿Y cuándo saldrá esta foto?

Fotógrafo: El domingo. La gente ve con más tiempo el periódico.

Doña Eduviges: Que al pie vaya algo caché.

Doña Rosa: No se le olvide.

Fotografo: No se me olvidará.

Doña Alba Pura: ¿Nos vamos?

(Salen las tres Damas de la Caridad, luego el fotógrafo.)

Trabajadora Social: Y ahora me toca a mí. Voy a realizarles un estudio para ver qué se puede hacer. Sólo les advierto que a como está la situación... (Se apagan las luces lentamente al tiempo que continúa la explicación como un murmullo y las palabras, "Tristán, si soy como de la familia... Le daremos un puesto... Esto está ganado...", se repiten hasta caer el telón.)



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
VICERRECTORIA DE ACCION SOCIAL
SECCION DE EXTENSION CULTURAL

ACTIVIDADES 1988

- **Danza Universitaria**

- **Exposiciones:**

PINTURA
ESCULTURA
GRABADO

- **Orquesta Sinfónica de la Universidad de Costa Rica**

- **Grupos artísticos estudiantiles:**

ESTUDIANTINA
CORO UNIVERSITARIO
RONDALLA U.C.R.
GRUPOS FOLCLORICOS
GRUPO DE TEATRO SILAMPA
GRUPO DE TITERES COCORITO

- **Cine Universitario**

- **Viernes Culturales**